



## Tocar el límite del cuerpo, tocar el cuerpo del límite

Rafael Martínez Reyes

“El cuerpo es un monstruo imposible de tragar”

Jean-Luc Nancy, *Corpus*

### Resumen

El presente artículo —piénsese aquí en el artículo como un fragmento de un proceso/sistema de articulaciones más que como un ensayo— es un intento de esclarecer cuatro conceptos que han encontrado lugar y pertinencia tanto dentro del discurso filosófico como en lo que respecta al análisis del arte, así como en la práctica artística. Estos conceptos son: el tocar, el cuerpo, el límite y la posibilidad y presupuestos de un discurso que intenta acercarse a ellos. Todo lo anterior, bajo la óptica, o háptica, del *Corpus* de Jean-Luc Nancy.

Antes de elaborar cualquier discurso sobre el objeto que se quiera, al menos en filosofía y en disciplinas afines, es necesario cuestionar, no sólo la validez y pertinencia, sino sobre todo, la posibilidad y consecuencias de un discurso que se articula a través de preguntas y respuestas. Esto es lo que sugiere Heidegger en su célebre.

*Carta sobre el humanismo*. Heidegger, con un estilo no exento de matices irónicos, intenta responder a la pregunta sobre el hombre de forma inversa, de derecha a izquierda, regresando sobre la pregunta misma y los supuestos que la sostienen. El hombre como tal apenas y puede pensarse, entreverse, pero sólo a partir de la desarticulación consciente y sistemática de los discursos que se yuxtaponen sobre él y que, en lugar de aportar una respuesta, ocultan lo que pretenden revelar.

Lo mismo ocurre con el cuerpo. En la obra de Nancy, el cuerpo es el sujeto-objeto de la deconstrucción. No hay una respuesta para la pregunta ¿Qué es el cuerpo?, sino, de manera similar a Heidegger, un ejercicio de desarticulación de los discursos que lo ocultan, pero, a diferencia de Heidegger, no para entrever —siquiera— lo que el cuerpo

realmente es, sino para diseminar su significado, sus partes, sus cuerpos. El discurso sobre el cuerpo toca el límite, es precisamente este juego de tocar los límites, o incluso, el cuerpo mismo del límite. Pero sobre todo, el cuerpo no es, no se limita a ser —el ser es siempre lo absolutamente cerrado—sino que debe pensarse como una síncope, una apertura.

**Palabras clave:** *Tocar, cuerpo, límite, lenguaje, apertura*

Sobre el cuerpo —también desde, hacia, arriba, abajo, dentro o fuera, sobre todo fuera de él— podría ensayarse preguntar, en primer lugar: ¿Qué es el cuerpo? Lo cual, inmediatamente, aunque de manera confusa e inarticulada, invocaría una milenaria serie de respuestas, discusiones, lugares, disciplinas, imágenes, que darían cuenta, al menos de forma parcial, de la pregunta. Todas estas definiciones, cuerpos que se enciman sobre otros cuerpos, así, cruzados, yuxtapuestos, o —por qué no— crucificados, unos sobre otros, podrían tomarse, incluso, como una suerte de respuesta preliminar: el cuerpo es siempre multitud, muchedumbre, aglomeración, turba. Pero con ello, no sólo no se dice nada nuevo sobre el cuerpo, sino que se deja de lado el problema que encierra la pregunta que interroga por el cuerpo. Creo, a la manera de Heidegger, que lo realmente importante, al interior de toda una serie de discursos sobre el cuerpo, es contemplar las implicaciones, supuestos, tejidos, prejuicios, y referencias que suponen y soportan, y en cierta manera obligan, la pregunta que busca una respuesta para el cuerpo. Es decir, en términos más simples, que la pregunta, aunque resulte en exceso tentador contestarla, a partir de una teoría o un autor en particular, debería resolverse en términos de más preguntas, de preguntas que cuestionen la estructura y el sentido de la pregunta misma. Por ejemplo, ¿qué sentido tiene preguntar por el cuerpo? ¿cuál es su propósito o ambición?, ¿qué pretende alcanzar que no haya sido dicho ya? Y, sobre todo, ¿quién, qué clase de persona lanza esa pregunta? El mismo Heidegger recomendaba dar un paso atrás, retrotraerse sobre las preguntas, ir de adelante hacia atrás, de derecha a izquierda, en lugar de abalanzarse a brindar una respuesta. No solamente como una suerte de ingenioso ejercicio literario, aunque también puede tomarse en este sentido, sino como una sutil advertencia sobre las fuerzas que entran en juego en el simple hecho de formular una pregunta<sup>1</sup>. En Heidegger,

<sup>1</sup> Recuérdese, a este respecto, entre otros, su célebre Carta sobre el

empero, a diferencia de Foucault, no se trata todavía de adivinar que juego de poderes se esconde detrás de actos, preguntas o prácticas completas, sino de averiguar la estructura metafísica —Heidegger piensa que siempre hay una— que hace posible tanto la pregunta como sus varias respuestas. Que el poder cuente con una dimensión metafísica, o que la metafísica pueda ser leída como parte de un ejercicio de poder, son, sin duda, cuestiones interesantes, pero ajenas aquí. El problema, en un principio, es la articulación del discurso. El lenguaje no es neutral, por lo que toda respuesta, así como la pregunta, implica muchas más cosas que su simple enunciación. Heidegger advirtió, por ejemplo, que la pregunta ¿qué es el ser?, en el mismo momento de ser respondida, o precisamente por el hecho de ser respondida sin problematizar la pregunta, falsea la respuesta, convierte al ser en un predicado, en un ente. El ser es lo que hace que las cosas sean, pero que nunca se identifica con ellas. Decir que el ser es una idea, que es un atributo de Dios, o Dios mismo, por ejemplo, paradójicamente, lo pone en el registro de los entes, esto es, de las cosas que son. La pregunta ¿qué es el ser?, invita, a decir de Heidegger, al olvido del ser, a su ocultamiento entre los entes. Tiene una dimensión altamente ontificadora, más que ontológica, cosifica todo aquello que se responde a través de ella. De esta manera, el ser se queda en el dominio del objeto, de la cosa, y sus atributos, sin importar la dimensión que puedan dibujar, se convierten en meras extensiones, prótesis o accesorios. Heidegger, de una manera muy similar a los místicos medievales, en lugar de responder directamente la pregunta, pone de relieve la *diferencia* ontológica que rige las relaciones entre el ser y los entes. Justo ahí donde se afirma que ambos son, comienza la diferencia, y todo lo que se puede decir de los entes —color, forma, altura, peso, e incluso los atributos más trascendentales, como la verdad, la bondad y la belleza— se revela como atributos de los entes, y no puede, por lo tanto, atribuirse de manera automática al ser. Nada impide, cierto, que coincidan, que el ser, en efecto, esté pleno de belleza, pero se tratará entonces —también como afirmaban los místicos— de una belleza que prácticamente no guarda ningún punto de comparación con lo que estamos habituados a llamar belleza: proporción, forma,

---

humanismo en respuesta a Sartre. Preguntar qué es el hombre implica, en pocas palabras, responder con otro qué, es decir, con un ente o un objeto. La pregunta misma induce a la cosificación del hombre. Más apropiada quizá, sea la pregunta, ¿quién es el hombre?, o incluso, ¿quién eres tú? Sin importar la respuesta, el estatus ontológico del preguntado es, de cierta manera, elevado.

simetría, unidad, etcétera. Más apropiado sería llamarle no-belleza, o incluso —llevando las cosas al extremo— fealdad, lo que se opone de manera más radical a nuestro demasiado humano concepto de belleza. El ser es. Pareciera que el lenguaje fallara, que las palabras no son suficientes o que ni siquiera existiera un lenguaje adecuado —y que todos los discursos sobre el ser, por lo tanto, fueran una tomadura de cabello o una mala broma— pero decir, afirmar, que algo es, no es poca cosa, y puede también tomarse como un signo de plenitud, como la más alegre y serena declaración que pueda hacerse.

La pregunta ¿qué es el cuerpo?, por lo tanto, puede regresar sobre sí misma, quitar los signos de interrogación y afirmar: el cuerpo es<sup>2</sup>. La pregunta cambiaría, de esta manera, a ¿qué significa, qué implica o representa, ser cuerpo? En este sentido, creo, es que habría que tomar una buena parte del pensamiento de Jean-Luc Nancy. Pero este descubrimiento del cuerpo, de este *giro corporal* si se quiere, en el caso de Nancy, adquiere motivos no sólo originales, sino más bien íntimos, lesionados y contusionados. Se trata, hasta cierto punto, de un descubrimiento traumático, pero no bajo la clave del psicoanálisis, sino en un sentido más radical, de un trauma frente al cual no es posible cerrar los ojos, evadirse, desaparecer, o reprimir. Tiene toda la fuerza y la violencia de un trauma, en el sentido tradicional ya del término, pero que, a través de las posibilidades abiertas por la práctica médica, de la experiencia propia de un proceso quirúrgico, no deja opción siquiera para un distanciamiento, de la clase que sea. Es un evento que, ciertamente se quiere reprimir, someter o frenar, pero que tiene vida propia, ajena al sujeto, independiente de él, que se introduce por la fuerza en él, e incluso cuando ya se encuentra dentro, exige una atención privilegiada. Es la experiencia del intruso, del trasplante. Es la ajenidad vuelta propia, o la propiedad vuelta ajena. Un proceso en el que, por medio de herramientas y anestésicos —*anestéticos* podría funcionar también— el cuerpo propio es arrebatado de su propiedad, de su capacidad de definir y aceptar lo que le es propio, para aceptar a un extranjero, a un intruso, que, paradójicamente, es la pieza que guarda la clave para un funcionamiento propio. Esto en lo que respecta al intruso, el cuerpo que se introduce sin derecho de entrada ni de residencia. Pero el intruso

---

<sup>2</sup> Único común denominador posible, creo, de todo lo que se considera monstruoso. Todos los monstruos, a pesar de todas sus diferencias, o precisamente a partir de ellas, son.

sólo puede entrar cuando hay espacio, cuando el propio cuerpo o el propio órgano deciden —también sin un consentimiento de un yo— salir. ¿Cómo llamar propio, mío, a un corazón que se marcha, que deja de funcionar —o que trabaja en contra mía— y que se revela en un proceso de partida que es también el comienzo de un proceso de llegada para un intruso? No hay sólo un replanteamiento de la ajenidad, sino al mismo tiempo de la intimidad, en donde, a fin de cuentas, se trata de una y la misma cosa. A un discurso de lo *abyecto* —de lo que se rechaza para constituirse como un yo— Nancy agrega una incorporación del *defecto* (2007, p. 17) —lo que deja de funcionar y debe irse o que es arrebatado; lo *re-yecto* (*reject*) —un cuerpo, una idea o un proceso que entra a la fuerza y que lo propio no puede asimilar y rechaza—; la *deyección* —defecación, evacuación, pero en todo caso, inducida o involuntaria, el tipo que producen ciertos medicamentos y procesos químicos. La náusea, aquí, a diferencia de Sartre, no tiene aquí una dimensión existencial, esto es, mística. No es un asco producido por la totalidad del mundo, los sistemas que incluye o las mentiras que lo constituyen, sino tener el corazón —en un sentido muy literal— en el borde de la boca, sin saber si entra o sale, si se digiere o se vomita. La cirugía efectúa un giro radical sobre el propio cuerpo, al mismo tiempo que suscita el deseo de estar lo más lejos posible de él, sin poder moverse, empero. El bisturí sobre la piel, desde la sensación de la punta a la primera incisión que parte y divide, es una experiencia del cuerpo, pero del cuerpo como límite, en donde se está y no se está a la vez. Pero a diferencia de la mística, no hay placer o éxtasis en el regreso, sino un retorno, anestesiado, medicado, molido, hasta que el cuerpo deje de ser cuerpo. Me enfermo, luego existo, insinúa Nancy, pero pensando la enfermedad como el lugar de experiencia del cuerpo, del cuerpo como lugar de un sujeto abierto, lleno de morfina, dolor y abandono. El cuerpo como límite, pero también como traspasar —y ser traspasado por— un límite.

Ser cuerpo, por lo tanto, es ser fluctuación, suspensión de identidades y ajenidades entre estados no claramente identificados, dolores e impotencias. Pero sobre todo, ser cuerpo es ser límite. Esta acción, o constitución del ser, de estar o ser límite, de tocar el extremo, Nancy —en un gesto que dirige y recuerda a Derrida— la llama: escritura. Escribir, en un sentido primordial, es rayar, trazar líneas, delimitar. El límite no es más que una línea. Verso, *versus*, por ejemplo, además de una línea de palabras con metro y rima, significa hacer un surco en la tierra, abrir una muesca, dividir y limitar el espacio, en cierta manera, crearlo. Entender los cuerpos como líneas, como cuerpos de escritura, implica —en un sentido completamente contrario a Kant— que el espacio no es una

categoría trascendental que hace posible la aparición de los cuerpos<sup>3</sup>, sino que “los cuerpos articulan primeramente el espacio” (Nancy, 2003, p. 24). Hasta aquí, creo, no obstante, podría pensarse que la línea, el cuerpo y la escritura representan, significan, el lugar privilegiado del sentido, lo real en sí mismo, desde donde se dividirían, partirían, articularían, presencias o ausencias. Pero Nancy no piensa en ningún caso a la línea como un signo —algo que remitiría a una presencia o ausencia originarias— sino, en todo caso, como el límite de un signo. El cuerpo, una línea, no se cierra sobre sí misma, como un círculo, sino que permanece ahí, recta, sin principio o fin, o al menos, sin que pueda decirse cuál es el inicio de la línea y cuál es el final, si apunta hacia la derecha o a la izquierda, hacia arriba o abajo. Línea, cuerpo recortado, entrecortado, como dice Nancy, sin falo y acéfalo (Nancy, 2003, p. 24.) A este respecto, Nancy recuerda una expresión platónica —pero que podría ser aplicada a casi cualquier autor— según la cual es necesario que un discurso tenga el cuerpo bien formado de un animal, con cabeza, vientre y cola. Este esquema se reproduce casi imperceptiblemente en todos los órdenes del discurso. Título, índice, introducción, desarrollo, conclusión; cabeza, rostro, tórax, piernas y cola. El cuerpo como totalidad, sin importar los miembros o las extensiones de las cuales se componga. El cuerpo como unidad, donde la multiplicidad o fragmentariedad toman cuerpo y se disuelven, donde se convierten, en uno. En el fondo, se trata de una línea cerrada —que no es propiamente una línea— que incluso si describe trayectorias sinuosas, pliegues sobre pliegues, formas rugosas, barrocas e irregulares, regresa sobre sí misma y se muerde la cola. Un discurso, una imagen, que no cumple, al menos, con los elementos básicos de esta estructura —la cabeza y la cola— carece de sentido, es el sin sentido. La línea que se rehúsa a cerrarse, a ser un inicio o un final,

<sup>3</sup> El argumento de Kant se basaba en la imagen de que es posible imaginar un espacio vacío, un espacio en blanco, extensión pura, pero no es posible imaginar la ausencia de espacio. En general, el argumento es bastante convincente. El espacio es ese lugar en donde aparecen los cuerpos. Pero este espacio trascendental, vacío, en primer lugar, es él mismo extensión, cuerpo. En segundo lugar, es imposible pensar en un espacio infinito, una blancura extendida indefinidamente, sino que el espacio, según Nancy, es lo que se presenta con la aparición de los cuerpos, límites, márgenes. El espacio sería así la distancia entre dos cuerpos, inexistente sin ellos, completamente intrascendente. La imagen de Kant, en muchos sentidos, no deja de invocar ciertos motivos teológicos, escatológicos, un espacio no sensible, ilimitado e indefinido.

desde la cual puede formarse un hombre, un animal, una célula, un árbol, pero que no apunta hacia la formación de ninguna figura, que no es más que ella misma, un límite, nada significa. El escribir, por lo tanto, el trabajo de la escritura, no es ni puede plantearse como una asignación de significados. Escribir, tradicionalmente, se trata de inscribir, de introducir cuerpos en esquemas de significado. Nancy, por lo tanto, propone *excribir*, una escritura deconstructiva, límite, que sea el puro extenderse de la pluma en el espacio: cuerpo. El trazo de la escritura —que hermana de cierta forma pintura y alfabeto— la punta del lápiz, la yema de los dedos, en el fondo, tocan. La escritura toca, no significa, esto es, no cae en el juego de significar, directa o indirectamente, el cuerpo en términos de presencia o ausencia. La escritura es periférica, excéntrica, ocurre a las orillas, en el límite, es el límite.

No se trata, sin embargo, de tocar el límite para cruzarlo. Nancy también es ajeno a pensar al límite como un ejercicio de transgresión. La experiencia del límite carece también de supuestos místicos. Hegel, recuerdo, planteaba que la acción misma de trazar un límite, del tipo que fuera, implicaba de cierta forma cruzarlo, prácticamente, en el momento del trazo mismo. Nadie que marque un límite puede evitar, al menos, ver lo está más allá de él, es decir, contemplar la limitación del límite, su carácter provisional. En sus críticas a Kant —pensador del límite y la limitación— Hegel veía en la obsesión de este último por trazar límites una suerte de ejercicio infantil, en donde el mismo Kant cruzaba, de una manera muy ingenua, los límites que prohibía transgredir<sup>4</sup>. La transgresión de cada límite representa, paradójicamente, la inauguración de uno nuevo y la transgresión, otra vez, del mismo. Por esta razón, Hegel nunca puso un límite a su pensamiento<sup>5</sup>. Para Nancy, la escritura es un gesto para tocar el cuerpo, el límite, no para capturarlo

---

<sup>4</sup> Es el caso, por ejemplo, de la distinción kantiana entre fenómeno y noúmeno. En la lista de las categorías trascendentales del pensamiento, se encuentra la sugerente categoría de existencia, la cual es aplicable, según el propio Kant, únicamente a los fenómenos, los objetos de la experiencia sensible. Sin embargo, de esta manera, el noúmeno, lo que está detrás del fenómeno, no sólo no puede conocerse, sino que tampoco existe. Al afirmar, por lo tanto, que hay, que existe un noúmeno, se entra en contradicción con los propios límites que Kant propone. O los noúmenos no existen, y estamos frente a puros fenómenos; o estamos admitiendo que existe un cierto conocimiento del noúmeno al aplicarle la categoría de existencia. De ambas formas, empero, los límites kantianos se tambalean.

<sup>5</sup> Feuerbach llamó a la filosofía Hegeliana “mística racional”

o apoderarse de él, mucho menos para cruzarlo. Tocar, en efecto, tiene que ver más con alejar, espaciar, crear distancia, dejar ser. Nancy, en más de un sentido, es más el pensador de lo háptico, del tocar, que del cuerpo. Transgredir es más un ser transgredido, como lo señala la experiencia del intruso. La mirada, de suyo, tiene esta característica transgresora, que penetra, violenta, la vulnerabilidad del otro. Lo que se ve, por el sólo hecho de ser visto, es desapropiado y reapropiado en el que mira. Ver más allá del límite es ya transgredirlo, como señalaba Hegel, romperlo y apoderarse de él. La mirada es una herramienta, si se quiere, de conquista. El límite es lugar de contacto, no de transgresión. En el tocar, el otro —límite, cuerpo, sujeto u objeto— puede mantener su extrañeza, su independencia. Mi cuerpo es algo que se envía<sup>6</sup>, que se dirige, que se escribe, para mí mismo y para los demás. Y en este contacto del límite, que es el mío y el del otro al mismo tiempo, no hay mediación ni transubstanciación, sino separación, espaciamiento. “Como los cuerpos de los amantes: no se abandonan a la transubstanciación, se tocan, renuevan infinitamente su espaciamiento, se dirigen el uno (a) el otro” (Nancy, 2003, p. 19). Cuerpo, límite, tocar, todo remite a lo mismo, al contacto de la piel, al cuerpo como piel. No hay, empero, un detrás, o un dentro de la piel, sino la sola extensión —entendida aquí como un cuerpo que se dilata y se dirige a— sin órganos del cuerpo. Y este cuerpo-piel que toca debe tomar en cuenta, incluso cuando se toca sí mismo, que todo tocar es recíproco, que el tocar es la reciprocidad misma. Esto es, para el tocar, para los nervios en la punta de los dedos, tocar es la misma acción que ser tocado, pero ahí mismo, el sí mismo, el tocarse a sí, queda borrado en una pura alteridad. “*Tocarse tú* (y no «uno mismo») — o aún más, idénticamente, *tocarse piel*” (Nancy, 2003, p. 31). Piel sobre piel, cuerpo sobre cuerpo, tacto sobre tacto, no despliegue ni repliegue, tocar los límites de sí mismo y de los otros, diferenciándose en ese preciso momento, pero como multitud, amontonamiento, aglomeración, colisiones, dispersiones. Más que nunca, *el* cuerpo —aislado, cerrado, uno, definido— es una ilusión. Tocar el cuerpo como límite, o el límite como cuerpo, implica empujar la propia piel, entrar en contacto, diferencia y cercanía, exposición e intimidad. Tocar no es nunca un ejercicio de transgresión, sino algo mucho más sutil, una caricia. El cuerpo que se extiende para tocar, la mano que se estira para llegar al contacto

<sup>6</sup> El envío, ser enviado, también puede remitir a Derrida, incluso a lo que Heidegger llamaba *geworfenheit*, esto es, la cualidad de ser lanzado, aventado, a la existencia.

con la punta de los dedos, no transgrede, acaricia, inaugura, abre. En palabras de Nancy, "el amor es el tacto de lo abierto" (Nancy, 2003, p. 24).

### **Bibliografía**

Nancy, J. (2003). *Corpus*. Madrid: Arena Libros.  
(2007) *El intruso*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.